

# Miradas de un conflicto

Francisco José García Lozano

cine

*El cine, testigo vivo de nuestras vidas, no podía dejar de estar presente en el conflicto vasco. Numerosas películas y documentales han dejado constancia de la mitificación, militancia, sufrimiento y complejidad del devenir de ETA. Aunque cinematográficamente no haya ninguna obra maestra, ni las víctimas ni sus familiares tengan el lugar que se merecen, la valentía y la voluntad cívica de directores y productores han contribuido a presentar la compleja historia de España y del País Vasco.*

El 31 de julio de 1959 un grupo de estudiantes radicales disidentes del colectivo EKIN –nacido en 1952 para reaccionar contra la pasividad y el acomodo que en su opinión padecía el PNV– funda Euskadi Ta Askatasuna (Euskadi y Libertad). Es el nacimiento de ETA, una alternativa ideológica a los postulados del PNV con cuatro pilares básicos: la defensa del euskera, el etnicismo (como fase superadora del racismo), el antiespañolismo y la independencia de los territorios que, según reivindican, pertenecen a Euskadi: Álava, Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra, Lapurdi, Baja Navarra y Zuberoa (en Francia). Tras más de cuarenta años de lucha armada y activismo revolucionario, el 20 de octubre de 2011 ETA expresó su

«compromiso claro, firme y definitivo» de «superar la confrontación armada» y emplaza a los gobiernos español y francés a abrir un «diálogo directo» para solucionar «las consecuencias del conflicto». Desde 1960, ETA ha cometido más de 700 atentados en los que han muerto 857 personas, además de miles de heridos y 90 secuestrados. De las víctimas mortales, 361 eran civiles (más del 42%), 195 guardias civiles (22%), 147 policías nacionales (17%) y 82 militares (9%). El cine como «testigo» de las formas de pensar y sentir de una sociedad, no ha sido ajeno a tal problemática, siendo tras la dictadura franquista y la llegada de la democracia cuando se produjeron las primeras indagaciones sobre las interioridades de la banda, su entorno y las consecuencias de sus asesinatos. En este acercamiento a las relaciones entre cine y problemática vasca no pretendemos hacer un recorrido exhaustivo de todas las películas que han abordado el tema (más de 40), sino que nos centraremos en aquellas que han marcado visiones concretas del conflicto, desde la idealización de la Banda en su lucha contra el franquismo en la década de los 70 y 80, hasta la visualización de las víctimas del terrorismo y su reconocimiento social en la última década.

### Años 70: militancia y transición

El final del franquismo marcó el comienzo de una cinematografía que intentaba buscar unas características propias y definir el concepto de un determinado «cine vasco» que buscaba no sólo la recuperación de la identidad nacional, sino recalcar la opresión que sufría el pueblo vasco. *Estado de excepción* (1976), sobre la tortura y el fusilamiento de un terrorista, o *Toque de queda* (1978), sobre los fusilamientos de dos miembros de ETA en el 75, ambas de Iñaki Núñez, tienden a mitificar el terrorismo durante el franquismo y a reflejar una transición todavía no concluida ni consolidada. Sin embargo, el primer largometraje centrado en la organización, *Comando Txikia*, no fue precisamente aplaudido. Dirigida por José Luis Madrid en 1977, recrea el atentado más espectacular de ETA: el asesinato del entonces presidente del gobierno español Carrero Blanco. Pero su retrato de lo sucedido fue tildado de sensacionalista, oportunista y franquista. Algo de mejor fortuna tuvo la nueva versión sobre el atentado que firmó dos años más tarde el italiano Gillo Pontecorvo, *Operación Ogro*. Sin embargo, aunque recibió el aval del Festival de Venecia con el premio a su director, fue acusada esta vez de mitificar a ETA. De estos años la producción más interesante

se la debemos a Imanol Uribe y su documental *El proceso de Burgos* (1979). A raíz del atentado en Guipúzcoa contra el brigada Melitón Manzanos, se inició un juicio contra dieciséis miembros de ETA en Burgos. Seis de los acusados fueron condenados a muerte (aunque después se les conmutaría la pena) y el juicio supuso una verdadera revuelta en los ámbitos intelectuales e incluso en la órbita católica, que pedían la amnistía. La cinta de Uribe recoge entrevistas y declaraciones de aquellos que se vieron inmersos en este suceso de la reciente historia española, quedando como un sobrio y valioso documento de historia oral.

### **Años 80: buscando la identidad**

La década de los ochenta fue el momento en el que se realizaron más largometrajes referidos al terrorismo vasco (hasta ocho), sin embargo, echamos en falta una mayor calidad y profundidad en las cintas que se rodaron. De la primera mitad de los años ochenta tenemos *La fuga de Segovia* (1981), de Imanol Uribe, que narra la huida de veintinueve presos, la mayoría militantes de ETA y algunos pertenecientes al grupo anarquista Movimiento Ibérico de Liberación (MIL). Relatada de forma sobria y convincente, Uribe hizo más de un

equilibrio para que pudiera verse sin problemas en el mercado español. La siguiente película de Imanol Uribe fue *La muerte de Mikel* (1983), un drama social no centrado en la política vasca, donde se abordaba la actitud homófoba mantenida hasta hace bien poco tanto por el independentismo vasco radical como por otros grupos de extrema izquierda. De esta primera mitad de los ochenta habría que recordar también *Golfo de Vizcaya* (1985), de Javier Rebollo, por el valor con el que denuncia la intolerancia de los entornos radicales frente a los exiliados y los problemas de readaptación tras el final del franquismo. Por último, de finales de los ochenta tenemos *Ander y Yul* (1988), de la directora navarra Ana Díez, que en un tono cadencioso y tranquilo narra los asesinatos de varios narcotraficantes por ETA, teniendo el valor de enjuiciar negativamente tales actos. Del recientemente fallecido Antxon Ezeiza, señalaremos tan sólo *Días de humo* (1989), por su cercanía ideológica al radicalismo abertzale.

### **Años 90: nuevas realidades**

La perspectiva histórica, desde que acabó el franquismo, supone en los noventa un ensanchamiento de temas y perspectivas más críticas, rompiendo la tendencia ensimis-

mada y mitificadora de las décadas anteriores. El primero de los largometrajes de los noventa, *Amor en off* (1991), de Koldo Izagirre, aborda una temática nueva como son las familias de los presos de ETA. Una película de buenas intenciones, con ideas interesantes, pero sin desarrollar. *Sombras en la batalla* (1993), de Mario Camus, realiza un más que interesante estudio psicológico de personajes que son víctimas de sus propios fantasmas interiores y de un profundo desarraigo con el que deben pagar las traiciones a su pasado terrorista. Uribe, sin embargo, no tuvo tanta fortuna en esta década con *Días contados* (1994), que a pesar de obtener la Concha de Oro en el Festival de San Sebastián, resulta un conglomerado de temas (terrorismo, droga, violencia, prostitución) difícil de digerir, además de inverosímil. La década concluirá con la revisión por parte de Helena Taberna de uno de los acontecimientos más llamativos del entorno de ETA, el asesinato de Dolores González Catarain, alias *Yoyes* (1999), a manos de sus ex compañeros cuando decide volver a su tierra.

### **Años 2000 y siguientes: visibilidad de las víctimas**

De las incursiones de la ficción cinematográfica en la compleja y

dolorosa cuestión del terrorismo ha sido una excepción mostrar o adoptar el punto de vista de las víctimas. Esta asignatura ha quedado a manos del género documental. La década se abrió con *Asesinato en febrero* (2001), de Eterio Ortega Santillana. Desde el punto de vista de familiares y expertos en terrorismo, nos cuenta el asesinato del parlamentario del PSE-EE, Fernando Buesa, y de su escolta, Jorge Díez Elorza, el 22 de febrero del 2000. Es una cinta bastante elegante, íntima, tierna y que, seguramente, no sea del agrado de todos por lo que cuenta y por cómo lo cuenta. *La pelota vasca, la piel contra la piedra* (2003) es, sin duda, la película más polémica sobre el conflicto hasta la fecha (recordemos su paso por los Goya). Medem ya se había acercado al conflicto a su manera en su film *Vacas* (1992) y en esta ocasión retrata desde numerosos puntos de vista el conflicto vasco, basándose en el diálogo y en las opiniones encontradas de sus protagonistas. Echamos de menos la participación de voces importantes que se negaron a participar en el documental, como los representantes del Partido Popular o los presos de ETA. La Asociación de Víctimas contra el Terrorismo también desaprobó esta película, ya que en su opinión se equiparaba a víctimas y verdugos. Las carencias de

ésta son colmadas en los documentales de Iñaki Arteta, *Voces sin libertad* (2004), *Olvidados* (2003) y, sobre todo, *Trece entre mil* (2005), un documental valiente en el que vivimos el horror y la impotencia de tantas familias que vieron cómo los suyos eran asesinados por unos ideales, y el aislamiento y olvido al que se vieron sometidos. Otras producciones de ficción han saltado la década pasada: *El Lobo* (2004) y *Gal* (2006), de Miguel Courtois; *La casa de mi padre* (2008), de Gorka Merchán; *Tiro en la cabeza* (2008), de Jaime Rosales, o *Todos estamos invitados* (2008), de Manuel Gutiérrez Aragón; son estimables e irregulares acercamientos a las aristas del conflicto, que con el complemento y reconocimiento de las voces de las víctimas llenan un sospechoso vacío, cuyo trasfondo, más allá de las

amenazas de muerte o la violencia en sí, están marcados por la soledad, el silencio y el rechazo que sienten tantas personas en su cotidianidad diaria.

La complejidad y lo espinoso del tema, lo ambiguo en el punto de vista y las simpatías ideológicas han marcado a lo largo de estos años la mirada del cine sobre ETA, pero también lo han hecho la valentía y voluntad cívica de algunas arriesgadas propuestas. Elías Querejeta y Eterio Ortega presentaron en el último Festival de San Sebastián su documental *Al final del túnel*, sobre el final de ETA. Un túnel desde el que se vislumbra algo más de luz, y en el que ojalá en un futuro no muy lejano todas estas películas pasen a ser un capítulo cerrado de nuestra historia. ■